

DIÁLOGOS ENTRE LITERATURA, ESTÉTICA Y TEOLOGÍA
TEATRO Y FILOSOFÍA
UCA – FFyL – 2004

ANTÍGONA VÉLEZ, LA POSTRERA ¹

Enrique Camilo Corti
UNSAM – CONICET
Buenos Aires, Junio de 2004

RESUMEN

‘Hay dos muertos que sobran’, se lamenta la Bruja; Antígona y Lisandro estaban juntos y como atravesados por la misma lanza, son los cuerpos que traen los soldados desde el campo de batalla, los dos muertos que sobran.

Colocados al lado del ombú, los cadáveres imitan a los enamorados del cuadro cuarto, cuando “ (...) las cosas parecería que mordieran”. Quien condena es duro porque tiene razón; las cosas muerden, y es preciso ganar el desierto para las novilladas gordas y los trigos maduros, aunque lo decisivo sea ganarlo para que la mujer y el hombre, un día, puedan dormir aquí sus noches enteras y los niños jugar sin sobresaltos en la llanura. Solamente así las novilladas y los trigos adquieren dimensión humana y se dignifican.

En el cuarto cuadro Antígona y Lisandro celebran la liturgia fundacional del hombre y la mujer; al pie del árbol la celebran; domar el primer potro ha convertido a quienes se criaron como hermanos en mujer y hombre. A partir de allí todo se desencadena en vértigo de sangre. Un alazán lleva a Antígona a su muerte; a su muerte, porque ella la ha preferido. Un potro es domado con exigencias de sangre, y otro, ensangrentado, porta la fruta a su destino celeste.

Fue preciso ganar el desierto para el sueño de la mujer y el hombre. Fue imprescindible domar un potro para que ese sueño se transformase en liturgia fundacional. Fue necesario atravesar la llanura de la muerte ensangrentada para que el sueño del hombre y la mujer ganen el desierto. Una sola lanza los atravesó; el destino se ha cumplido, el amor lo ha consumado, los niños pueden ahora jugar sin sobresaltos.

Marechal ha ganado para nosotros, cristianos, el desierto de la tragedia; ha hecho posible nuestro sueño de una noche entera. Y nos ha enseñado, también a nosotros, cristianos, la tragedia del desierto, que exige un potro de cinco años, ensangrentado, para salvar la inmensidad de sus tres dimensiones y hacer posible el juego de los niños.

¹ Leopoldo Marechal, Antígona Vélez, Buenos Aires, Colihue, 1994. (Referido como A.V., seguido de número de página)

TEXTO DE LA COMUNICACIÓN

Bruja 1°— ¿Y encontró la raíz del odio?

Bruja 2°— No la encontré.

Bruja 1°— ¿Por qué no?

Bruja 2°— ¡Había en el campo dos muertos que sobraban! (A.V., Cuadro Final, p.75)

I. ¿Quién habla?

Ante la muerte habla Dios, o nadie. Las palabras humanas se tornan inconsistentes, las acusaciones vanas y las condenas irrisorias. Antígona sólo sabe que su hermano ha muerto y permanece insepulto; Antígona tiene su corazón afuera, y cavará lejos y hondo hasta encontrar la vertiente de la sangre.

Ignacio Vélez era como la risa: ¡le bailaba en el cuerpo a las mozas! ¡Dónde habrá quedado su risa! Su risa baila en el oído y en la sangre de quien lo recuerda. Los cuencos de sus ojos, vacíos, no habrán de ser vergüenza del sol al despuntar el alba; Antígona se encargará de que esos ojos no avergüencen la luz, que siempre los ha visto tan llenos de risa. Sus manos de errar y esquilar, de aferrar crines y acariciar las trenzas de las muchachas; sus pies de talonear redomones y de levantar polvaredas en el zapateo. ¡No! Ni la luz de Dios ni el ojo del hombre presenciarán el espectáculo de sus ojos en derrota.

Es antigua ya la ley que manda enterrar nuestros muertos, y más antigua que la prohibición de devolver a la tierra el cuerpo de Ignacio Vélez: esa noche alguien perderá un carretel de hilo negro, y alguien lo encontrará; esa noche Antígona Vélez está despierta.

II. ¿Quién manda?

Facundo Galván ha legislado ese día; ha ordenado que quede un cadáver insepulto. ¿Cuál es su razón? Lanzas y potros, porque la tierra no es del hombre cuando la enamora como a una novia y tiene que abandonarla porque se ha puesto fiera la cara del desierto y los Pampas vienen del sur por hembras y caballos; la tierra es del hombre cuando puede nacer y morir en ella. Esa es su razón, y a ella se aferra Facundo Galván aunque lloren las mujeres y sangren los hombres: “Para eso estamos aquí: para sangrar y llorar. ¿Entienden?” (AV, cuadro II, p. 48)

III. ¿Quién sabe?

Antígona sabe que su stirpe no es esa; que Luis Vélez, su padre, sabía dictar leyes, y todas eran fáciles. Sabe también que castigaba, pero nunca por encima de la misma muerte, porque Dios ha puesto en la muerte su frontera. Sabe que nunca ha gritado sus leyes, sino que ha muerto por ellas.

Lisandro Galván sabe que Antígona no es espina clavada en ningún talón, que no se clavaría ni en una maldad; sabe, asimismo, que habla poco, pero que cuando habla parece que bendice lo que va nombrando.

Los hombres, esa noche, han oído un escándalo de alas enfurecidas; las mujeres, en cambio, una canción, afuera y a medianoche. Antígona tenía su corazón afuera; las mujeres vieron que lo llevaba desnudo. Facundo Galván también lo vio, y era un corazón dolido; y vio el corazón de Lisandro, su hijo, y también dolía.

IV. ¿Quién teme?

Antígona ha seguido otra voluntad esa noche. Una voluntad que habla más fuerte porque habla más allá y por encima de la muerte, más allá y por encima de todas las pampas. Y esa voluntad conjura el miedo; hace que una mujer, sola y de noche, sola y con la furia del sur a su alrededor, traspase la Puerta Grande. Hasta allí la han acompañado los perros. Más allá, Antígona no sentía su alma en ella, su alma estaba junto al Otro, en el barro elemental. Y hacia él fue, sola, con una pala en el hombro y una cruz de sauce e hilo negro en las manos. Y encontró a su hermano amortajado de alas, con sus ojos vacíos mirando las estrellas sin verlas, y una sonrisa en su rostro sin labios. Antígona no pudo ni debió gritar, sólo cavó en la noche. Sus manos de acariciar potrillos cavaron hondo en la oscuridad, pero fue fácil, como eran fáciles las leyes de su padre, porque había encontrado su alma junto a la pena de su hermano. Y puso una cruz de sauce y unas flores de cardo negro. Soñaba, y al despertar vio que todo se había consumado; su alma desbordó y sobrevino la risa: alguien venía cantando, mientras los demás lloraban, porque había recobrado su alma perdida y estaba como si hubiese bebido un vino fuerte.

V. ¿Quién ama?

Antígona Vélez ha de correr hoy una carrera con la muerte. Está montada sobre un alazán de cinco años, el mejor de la tropilla. La ley es de Facundo Galván, y su suerte, está en las patas de un alazán. “Entre su ley y la mía —dice Galván—, que Dios juzgue”². ¿Cuál es la ley de un alazán y cuál la de Galván? ¿Cuál es el juicio de Dios, que ha establecido en la muerte su frontera?

Antígona ha visto en los ojos rotos de su hermano que el alazán saldrá por la Puerta Grande. No es bueno mirar los ojos rotos de un hermano porque en ellos se aprende más de lo que debiera. Saldrá el caballo y ella con él, aunque Lisandro porfíe.

Para Antígona, todo ha estado en la balanza, la sentencia de Facundo Galván y el coraje de haber enterrado a su hermano. Las patas del alazán, quién lo sabe, pueden también estar en la balanza; sólo la noche lo dirá. Esa niña no ha jugado con muñecas, esa niña ha sido la madre de sus hermanitos; esa niña se ha quedado sin ellos; todo será más fácil ahora: ha terminado su labor, se ha quedado sin hermanos.

El que queda no es su hermano; lo fue hasta los quince, cuando el doradillo se entregó y pidió pampa. Lisandro no usó espuelas: ¡tenía quince años, y las arrojó a los pies de Antígona! Todos rieron: ¡tenía quince años!

El doradillo se entregó y el horizonte se le vino encima a Lisandro; tiró de las riendas, pero más tiraron los ojos que habían quedado a sus espaldas, y lagrimeaban. Creía la niña que lagrimeaban por su hermano, que había dado su primera batalla, pero no; al doradillo había montado un niño y bajaba ahora un hombre, y aquellos ojos que lloraban

² A.V., Cuadro III, p. 61.

habían comenzado a llorar como llora una niña, pero habían terminado llorando como sólo una mujer llora: había comprendido de una vez y para siempre que Lisandro ya no era su hermano. Y se abrazaron y lo supieron, supieron que no eran ya hermanos y que eso dolería aún más. Y recién se conocían, y, como estaban en guerra, se besaron.

VI. ¿Quién recuerda?

Ahora es otro el caballo, y otra la carrera, y otro el horizonte. Dios ha puesto su frontera en la muerte, y dos son los jinetes en la carrera con la muerte. Otro caballo para domar, y otros ojos a la espalda. Pero estos ojos no esperarán llorando; ya han llorado. Correrán la misma carrera con la muerte, porque esa carrera sólo de a dos se gana, o se pierde de a dos. Antígona no está sola ahora, y no lo estará al amanecer: es la postrera, la que no está sola.

Antígona Vélez fue madre antes que novia, y Facundo Galván y ella misma han trabajado con la muerte sin reparar en el Otro, que debió ser escuchado.

¿Quién es el Otro? El que sólo puede hablar a mediodía, al pie de álamos tembladores, cerca de aljibes. Y habló, y se acordó de Antígona, la mujer.

Tres veces gritan las mujeres: ¡Antígona!, ¡Antígona Vélez!, ¡Antígona Vélez! La primera suena en acorde con el Otro que se acuerda de un potro doradillo, bajo el sol, y de su jinete de manos ensangrentadas; la segunda, en presencia del *sabor* del hombre con sus manos ensangrentadas y de la mujer que llora; la tercera, frente a la imagen de un potro frenado por los ojos de una muchacha, y de su jinete de quince años. Gritan porque estos tres recuerdos les revelan la ley más antigua: dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán una sola carne y una sola sangre. No será su padre quien recibirá a Antígona.

Y el corazón de Antígona ya está lejos, montado en un alazán que vuela contra una pared de gritos. El corazón adivina y se adelanta a su muerte.

Lisandro teme. Su corazón aún está de este lado de la muerte, y nada adivina. Tendrá que decir a los hombres y mujeres la otra razón, la verdadera, para que su corazón pueda adivinar.

Lisandro no gritará su razón, como tampoco se grita la ley. La otra razón, la verdadera, la que se dice al mediodía, bajo el sol, frente al brocal del pozo, es la que suelta a Lisandro. Los hombres lo sueltan porque entienden que no podrán retenerlo: él sabe regresar del horizonte, montado en un doradillo; él sabe regresar hasta los ojos de una muchacha. ¡Ahí está su razón!

¡Dos parejeros frente al sol! ¡Y la muerte delante! ¡Y la muerte afuera y sobre todo!

Dios ha establecido su frontera en la muerte.

VII. ¿Quién encontró la raíz del odio?

La bruja no encontró la raíz que desata el odio, que no es, en realidad, la mandrágora que crece al pie de los ahorcados. No pudo hallarla porque en su lugar encontró dos muertos que sobraban; no habían muerto en esa batalla. Dos muertos que formaban, contra el odio, un solo corazón partido. Estaban juntos, y como atravesados por una misma lanza.

Como entonces, y siempre, ante la muerte habla Dios. Los muertos callan.

Bibliografía consultada

- Casalla, M., La estética de Leopoldo Marechal. Un ejemplo de aproximación nacional de la cultura universal, en Revista de Filosofía latinoamericana, 5 (1979), pp 9-10.
- Corti, E., La Belleza y los Esteticismos (sobre *Descenso y Ascenso del Alma por la Belleza, de L.Marechal*, en Stromata, 3-4 (1994), pp 119- 126.
- Corti, E., Dios en la literatura latinoamericana contemporánea : el caso argentino *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal, en Revista del CELAM (1986), Bogotá - Colombia - pp 280-330.
- Corti, E., La palabra borgesiana: un silencio en cruz, en Stromata, 1-2 (2001), pp 89-109.
- Corti, E., La palabra como Schêma, en Variaciones Borges, 14 (2002), Borges Center, Aarhus Universitet, Romansk Institut, Denmark, pp 32-41.
- Corti, E., Un tríptico sobre la sabiduría, en Stromata, 3/4 (1986), Facultades de Filosofía y Teología del Colegio Máximo San José, San Miguel, Pcia. Buenos Aires, pp 357 - 386.
- Coulson, G., La pasión metafísica, Buenos Aires, García cambeiro, 1974.
- Del Corro, G.P., Leopoldo Marechal, la mujer metagónica, en AAVV, La mujer, símbolo del mundo nuevo, Buenos Aires, García Cambeiro, 1976, pp53-82.
- Kuehne,A., Marechal's Antigone, More Greek than French, Latin American Theatre Review, I, 9 (1975), pp 19-27.
- Kuehne,A., The Antigone Theme in Anouilh, Marechal, and Luis Rafael Sánchez, Papers of French, Spanish an Luso-brazilien Literary Relations, New York, Brockport, 1970, pp 50-70.
- Maturo,G., Marechal, el Camino de la Belleza, Buenos Aires, Biblos, 1999.
- Mora de Nieva, M. y Sánchez de Ortiz Mayor, S., Tres versiones de Antígona, en Actas del Symposium Nacional de Estudios Clásicos, Tucumán, 1987.
- Pérez, J.R., Descenso y ascenso o el laberinto del hombre, en Cátedra Marechal, Buenos Aires, 1976.